

**Comentarios del Dr. José Fernández Santillán durante la presentación del libro
Modernidad y globalización en la Feria Internacional del Libro, Guadalajara, 30 de noviembre de 2011.**

El libro de Gina Zabludovsky que hoy presentamos ante ustedes es una larga y rigurosa reflexión acerca de los conceptos fundamentales, la “modernidad” y la “globalización”. Ciertamente, cada uno de ellos puede y de hecho ha sido estudiado aparte. A decir verdad, más el primero que el segundo, o sea, la modernidad tiene una más consolidada tradición de análisis en tanto que la globalización es un término de más reciente formación y, por tanto, de contornos mucho menos definidos. Lo novedoso de este volumen es que pone frente a frente uno y otro vocablo. Su posición teórica es definida desde un inicio, procede analíticamente desde la óptica primordialmente sociológica.

Para abordar esta confrontación, Gina Zabludovsky recurre en primer lugar, a los clásicos del pensamiento social: Montesquieu, Saint-Simon, Comte, Marx, Tocqueville, Émile Durkheim y Max Weber. Procede enseguida a presentar las contribuciones de Max Horkheimer y la Escuela de Frankfurt. Le dedica un apartado especial a otro miembro destacado de esta Escuela: Herbert Marcuse, continúa con uno de los grandes pensadores del siglo XX: Norbert Elias, quien a decir verdad, no ha tenido la fortuna que merecería en nuestro medio. Termina con otro autor contemporáneo de gran valía: Anthony Giddens. En la segunda parte del trabajo, aborda de lleno el tema de la globalización.

El texto de Gina manifiesta una preocupación constante: la modernidad y la globalización, incluso más aún cuando se les trata juntas, representan un reto para las ciencias sociales. La realidad ha caminado más rápido que la teoría. En consecuencia, hay necesidad de replantear la naturaleza y alcance de la teoría política, social y de las relaciones internacionales para poder entender en toda su complejidad estos fenómenos.

Pero ¿qué es la modernidad? De acuerdo con los tratadistas, la modernidad es un tiempo que se sabe diferente. En alemán, por ejemplo, este concepto se expresa como *neuzeit*, o sea, tiempo nuevo, tiempo que se sabe diferente. Época que expresa un contenido diferente del que caracterizó a otra época histórica. Bien se dice que en términos propios de la filosofía de la historia, la modernidad es opuesta a la antigüedad y desde luego, al medievo. En tanto que la antigüedad tenía como punto de referencia el pasado de tal manera que la sociedad ideal era aquella que había logrado separarse lo menos posible de la tradición y el medievo ubica la realización humana en una dimensión distinta de la terrenal, la modernidad sitúa su prototipo en el futuro de un

modelo a ser alcanzado por le porvenir.

Veamos estas consideraciones a la luz de lo que representó para cada una de ellas la Revolución. Pues bien, para el mundo antiguo lo peor que le podía suceder a una comunidad política era la statasi, o sea, el cambio accidentado y violento. El motivo de esta apreciación era que la revolución alejaba a los hombres del ideal. Para la antigua Grecia, en efecto, la revolución era la peor desgracia con la que los dioses podían castigar el mal comportamiento. Para el medievo, la revolución fue una eventualidad llena de desventuras. La agitación y la rebelión no eran bien vistas a los ojos del Ser Supremo; los seres humanos habían venido a este “valle de lágrimas” a experimentar carencias y limitaciones que serían premiadas con la gloria eterna en la otra vida, la vida trascendental.

En contraste, la modernidad se abre paso hacia el futuro a golpe de desacralizar los viejos mitos y ritos. De allí que las revoluciones representasen otros tantos pasos hacia adelante en la ruta de la realización de los grandes ideales sociales. Así, la modernidad no es hija de una sola revolución sino de varias: una revolución en el arte, el Renacimiento; una revolución religiosa, la Reforma Protestante; una revolución geográfica, el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo; una revolución en el conocimiento, la revolución científica; una revolución filosófica, la Ilustración; una revolución económica, la Revolución Industrial; dos revoluciones políticas, la Independencia de los Estados Unidos y, desde luego, la Revolución francesa. Todas estas transformaciones de gran calado fueron esenciales para forjar la modernidad.

Gina Zabludovsky hace una referencia explícita al papel que juega en el pensamiento de Karl Marx, la revolución: “la concepción de la revolución también se presenta como una teoría de validez y alcances globales. En su conocido *Prólogo a Contribución de la Crítica de la Economía Política*, Marx explica cómo “Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes” abriendo así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella y se da así un cambio en la humanidad quien “se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar” y estos surgen cuando se dan las condiciones materiales para su realización” (p. 29). De acuerdo con Marx, la revolución que vendría a descifrar el enigma de la historia sería la revolución socialista. Como todos sabemos, el socialismo marxista encarnó para bien o para mal en el socialismo soviético, esto es, una nueva forma de opresión y enajenación. Hace bien Gina en recordar las muchas críticas que, desde la izquierda se hicieron al “socialismo realmente existente” que no representó el salto al reino de la libertad, sino una nueva forma de opresión y según dicen otros

autores incluso de desviación de los ideales planteados por la modernidad. En este caso, como se escribe en el libro, la aportación de Herbert Marcuse para el esclarecimiento de lo que representó el estalinismo es fundamental.

En el largo proceso que condujo a la modernidad, igualmente es preciso señalar que se registró una verdadera y propia revolución copernicana en las humanidades. Durante largos siglos, el sujeto privilegiado de los estudios fue el Estado. Allí tenemos lo mismo a Platón que a Aristóteles, a San Agustín que a Santo Tomás, a Maquiavelo que a Bodino. Qué decir de Hobbes y Rousseau. La transformación a que nos referimos reside en que en un momento determinado la atención pasó del Estado a la sociedad. Y en eso es de enorme relevancia, como Gina lo apunta, la contribución de Saint-Simon. Él fue quien antes que cualquiera puso el acento en la importancia que de allí en adelante tendría la sociedad como sujeto de análisis y desarrollo. Saint-Simon fue el maestro de Comte quien es considerado el “padre de la sociología” y también fue el antecedente directo del socialismo de Marx.

En el libro que comentamos, de otra parte son perceptibles varios ejes analíticos: en primer lugar, el binomio formado por lo particular y lo general, las especificidades y la universalidad, las diferencias, y las semejanzas entre los pensadores y los fenómenos sometidos a estudio. Hay autores que ponen más atención en las particularidades de las sociedades; hay otros que, en contraste llaman la atención en los rasgos que identifican entre sí a las sociedades. Vale la pena mencionar otra dualidad presente a lo largo de este volumen: corrientes individualistas y corrientes colectivistas. La sociología fluctúa entre una y otra. No obstante, hay autores como Émile Durkheim y Norbert Elias que rechazaron esta rígida clasificación y presentaron, cada uno por separado, una alternativa de solución. Durkheim *El homo duplex*, Norbert Elias *habitus y figuración*.

Sea como fuere, el asunto es que hoy nos encontramos delante de un fenómeno de difícil solución, la globalización. Uno de los autores que para mí han arrojado más luces sobre el tema de la globalización es Joseph Nye. Él hace punto de relieve que la globalización es un hecho multidimensional. En su libro *La paradoja del poder americano*, señala que en la actualidad el poder entre las naciones está distribuido bajo un patrón que asemeja a un complejo juego tridimensional de ajedrez. En la parte superior está, efectivamente, el poder militar. Allí ya no se puede decir que los Estados Unidos controlen al mundo y puedan actuar unilateralmente para solucionar los conflictos. En la parte de en medio se encuentra el poder económico que, igualmente, no puede guiarse por la exclusiva intervención de una potencia. El tablero de la parte baja está ocupado por las relaciones transnacionales que escapan al control de los gobiernos. Aquí se enlistan una gran cantidad de actores no estatales como: las

transacciones bancarias y financieras, los intercambios comerciales, las organizaciones no gubernamentales, etcétera: “Cuando tú estás involucrado en un juego tridimensional, tú vas a perder si te centras tan sólo en el tablero en el que están las relaciones interestatales de tipo militar y fracasas al no darte cuenta de los otros tableros y de las relaciones verticales que hay entre ellos”.

El asunto es que el marco en el que fueron construidas las relaciones internacionales, es decir, el tratado de Westphalia de 1648 que puso como actores centrales a los estados nacionales, ya no es asequible para entender lo que está pasando hoy en el mundo. Ciertamente, los estados soberanos son actores de primera importancia, pero están lejos de ser los únicos ya con frecuencia ni siquiera los más importantes. Tómense en cuenta, por ejemplo, las empresas transnacionales a las que hace referencia. Nye, o los avances tecnológicos en las telecomunicaciones, por no hablar de los grupos terroristas o el crimen organizado.

Lo que salta a la vista es que la globalización es una acontecimiento cargado de contradicciones. De esto da cuenta la autora en diversos tramos de su escrito. Entre ellos está el siguiente: “La globalización tiende a producir diásporas culturales, comunidades de gustos, hábitos y creencias que frecuentemente están alejadas de los lugares y de los confines del Estado-nación. Así, por un lado tenemos una fuerte tendencia hacia una homogeneización de modas y hábitos (que se expresa por ejemplo en los gustos musicales, el uso generalizado de los blue-jeans entre los jóvenes, etc.). Pero por el otro, la globalización también produce la intensificación de la diversidad, la recuperación de las tradiciones locales que se habían perdido o debilitado, y el renacimiento de las identidades locales” (p.148).

Para complementar lo escrito por Gina Zabludovsky en esta obra diré que, para mí, la globalización se aceleró en los últimos 22 años por tres acontecimientos: la caída del Muro de Berlín en 1989, la caída de las Torres Gemelas en Nueva York en 2001 y la caída de Wall Street en septiembre de 2008.

Parafraseando a Ernest Hemingway quien escribió su célebre *For Whom the Bell Tolls*: “...hoy cuando las campanas suenan, suenan para todos”.

Decía acertadamente Malcolm Gladwell que los fenómenos sociales se reproducen como si fueran epidemias. Comienzan en un punto insignificante y, de repente adquieren una dimensión insospechada. Eso es lo que sucedió a principios de año con la “Revolución del jazmín”. El cerillo con el que se prendió fuego Mohamed Bouazizi el 17 de diciembre de 2010, en la ciudad tunecina de Sidi Bouzid encendió a todo el Magreb y el Medio Oriente. No podemos pasar por alto que aquellas

concentraciones en la Plaza Tahrir en El Cairo de una u otra forma inspiraron las concentraciones en Europa y Estados Unidos en lo que se conoce como la expresión de los indignados.

Son hechos sociales con rasgos de especificidad pero también con elementos comunes que deberían ser objeto de una sociología global.